

CONSECUENCIAS DE LA PANDEMIA: UNA VISION DESDE ESPAÑA

JOSEP DURAN I LLEIDA

**Ex Presidente del Consejo de Relaciones Exteriores
de las Cortes de España
Ex Presidente de Unió Democràtica de Catalunya**

Introducción

El presente texto plantea una de las varias perspectivas de las consecuencias de la pandemia Covid19 que ha afectado a todo el mundo. Esta perspectiva es desde España, exponiendo las dimensiones que requieren prioridad, como la salud por sobre otras y, a su vez, plantea desafíos frente a un escenario de incertidumbres que están, principalmente, situados en la esfera política. La actual pandemia constituye un factor de aceleración de la remisión de la globalización que, sin duda, incide en todos los sectores.

La pandemia refuerza la necesidad de volver a situar a la persona en el centro de la economía, por cuanto ha quedado en evidencia que se puede vivir con menos y visibilizando la real crisis estructural que las sociedades deben afrontar, es decir, a la crisis climática, lo que ubica en primera plana, a la dimensión social y medioambiental.

La seguridad sanitaria como prioridad

Expresamente se ha utilizado el artículo indefinido “una” para remarcar que la visión lleva implícita la idea de que puede haber, y que de hecho hay, muchas visiones de las consecuencias de la pandemia de la Covid19. Tan expresamente como se ha utilizado la apelación a que dicha visión se formula “desde España”, es decir desde la Unión Europea y por tanto, desde occidente y desde un sistema democrático (con todos los

déficits que Ustedes quieran, pero desde un Estado social y democrático de Derecho, como define el artículo primero de la Constitución a nuestro país). España no es China, pero tampoco Rusia, ni Turquía, ni tan siquiera Hungría.

Es además, “una visión” desde un país con un buen sistema público de salud (a pesar de ser uno de los países más golpeados por la pandemia, con más infectados y muertos a causa del virus). Precisamente, si cabe algún comentario en el ámbito de nuestro sistema de salud, es que la crisis ha puesto en evidencia la necesidad de más recursos y que las medidas de ajuste impuestas por la UE en el marco de las crisis del 2008 y 2010 los diezmaron notablemente. Como también ha revelado que contamos con unos excelentes profesionales. En definitiva, contamos con un buen sistema de salud a pesar de los déficits inversores.

Lógicamente, en España, como en otros países, se ha generado un debate en torno a si había que priorizar la salud o la economía, conscientes de que las medidas de confinamiento reducen la actividad económica y empobrecen a la sociedad. La respuesta a esta disyuntiva no puede ser otra que la vida, es la que debe priorizarse opinando, a la vez, que cuanto más eficaces seamos sanitariamente, menores costes económicos tendrá la pandemia para la sociedad. (La española y cualquier otro sobre la que se planteara este dilema).

Aun en esta parte introductoria, antes de adentrar en las reflexiones sobre las consecuencias de la pandemia, una cita en recuerdo de Chou en Lai. Cuando éste era Ministro de Exteriores de Mao, le preguntaron qué opinaba sobre la Revolución Francesa y contestó *“me parece demasiado pronto para evaluar su impacto y consecuencias”*. Pues bien esto sirve, también, para la pandemia de la Covid19. Necesitamos más tiempo y distanciamiento. El que se requiere para analizar cualquier realidad con la ponderación necesaria para comprenderla y valorarla.

Tanto es así que a la hora de analizar la pandemia y su proyección a futuro, la palabra clave es incertidumbre. De hecho, vivimos en una única certidumbre: lo que tenemos enfrente es incierto. No son tiempos de verdades absolutas. Nunca lo son, pero ahora menos. Habrá que adaptarse a los cambios que vayan llegando y no es tan importante tener las respuestas a todas las preguntas sino hacerse las preguntas necesarias para prever, tanto como se pueda, sobre esos cambios.

A raíz de la pandemia, seguro que van a cambiar cosas. ¡Seguro! Pero no sabemos exactamente cuáles, en qué sentido y con qué intensidad. Es posible intuir algo, pero solo intuir. Nuestra vida va a ser distinta en todo el mundo, al menos hasta que no tengamos una vacuna que pueda universalizarse. Y es precisamente esta referencia a la vacuna la que permite señalar que la seguridad sanitaria se convertirá en un eje central de nuestras vidas. Quien diga que ya tiene las respuestas está mintiendo y si mentir, es siempre grave, lo es mucho más ahora en la crisis más global que hemos tenido. En España, por supuesto, la peor crisis desde nuestra Guerra Civil. Hablando de saber o no saber lo que sucederá en el futuro, es bueno recordar y generalizar lo que el profesor Galbraith decía respecto a los economistas: *“hay dos tipos de economistas: los que no tienen ni idea y los que no saben ni eso”*.

Lo que sí es posible decir es que, quizás, las crisis de la Covid19 no cambiarán las grandes tendencias mundiales pero sí que acelerará algunas. Por ejemplo:

- *La globalización estaba perdiendo fuelle antes de la pandemia y ahora esta tendencia puede acentuarse tomando fuerza lo que podría calificarse como repliegue nacional. Habrá referencia luego de ello.*
- *Desde la crisis del 2008, los índices de confianza en las instituciones públicas han caído en la mayoría de los países occidentales. Y en el resto del mundo es el autoritarismo, y no la democracia, el que está avanzando.*

A partir de lo anterior, surgen reflexiones como las siguientes: ¿tenía razón Putin cuando decía hace un año que las democracias liberales se habían quedado obsoletas?; ¿será el coronavirus el golpe de gracia para los regímenes democráticos?; en la propia UE se ven signos preocupantes. Hungría es un ejemplo de ello. Ya no es, de acuerdo con los indicadores internacionales de prestigio, una democracia liberal. Eslovaquia y Polonia están siguiendo este camino y fuera de Europa el paisaje es más desolador.

Pero vale la pena detenerse a examinar tres tendencias que se están perfilando en la propia Europa:

Primera: Una inclinación a sacrificar libertades personales y a aceptar que un líder fuerte tome las riendas. El miedo, el pánico, la búsqueda de la seguridad. En la propia España, por ejemplo, los ciudadanos están más dispuestos a sacrificar sus libertades y a unirse bajo un liderazgo fuerte en la crisis de la Covid19 que frente a una amenaza terrorista o frente al cambio climático. El factor riesgo es sentido como más intenso ante la pandemia que ante las otras dos circunstancias.

Segunda: La crisis del coronavirus está cambiando las preferencias sobre niveles competenciales de gobierno. Se refuerzan las preferencias por más Estado central.

Tercera: La pandemia está impulsando otra corriente de fondo en nuestras democracias: mayor confianza en los técnicos y menos en los políticos. Más tecnocracia.

Se pueden resumir las tres tendencias reseñadas en una: la Covid 19 está despertando al viejo Leviatán: firme, centralista y tecnocrático. De momento demócrata, pero la historia nos recuerda que una vez desatado el Leviatán, no es fácil volverlo a atar.

Estamos ante una crisis global a la que no se responde con gobernanza global, sino que los Estados adquieren mayor peso. Observación que se debe acompañar con otra no menos cierta: junto al Estado, esta crisis también ha dado mayor peso a la familia como institución.

Consecuencias de la pandemia: el caso de España

Se compartirán a continuación, algunas reflexiones particulares sobre las consecuencias de la pandemia en España.

La pandemia está poniendo a prueba la cohesión del gobierno de coalición de Socialistas y Podemos, la de sus socios parlamentarios e incluso la del propio Estado de las Autonomías. El estado de alarma y las medidas de confinamiento han comportado un mando único centrado en el gobierno del Estado en las competencias de sanidad trans-

feridas a las CCAA. Pero lo que la Covid19 ha acelerado singularmente en España, es la polarización política y social. Ya existía antes, pero la pandemia la ha intensificado hasta límites insoportables.

Desde la perspectiva sanitaria, se añade un par de anotaciones. Sabido es que España es uno de los países más afectados por el virus. Sin ser ningún experto sanitario las cifras son sobradamente conocidas, algo se habrá hecho mal y, desde luego, algunas de las cosas positivas que se están haciendo se hacen tarde.

Si se analizan las perspectivas económicas y sociales, las consecuencias de la pandemia serán muy importantes. El PIB dicen que decrecerá hasta un 10%, lo que puede llegar tranquilamente a bajar hasta el 15%. El paro va a ser enorme a partir de primeros meses del próximo año 2021 y de larga duración. La desocupación juvenil puede llegar a rozar el 50% y, como siempre, será el doble de la media europea. Todo ello incrementará las tasas de pobreza y de desigualdad ya agravada en determinados sectores de la población a raíz de las crisis del 2008 y 2010.

Algunas características de la economía española, hacen que sea más vulnerable que otros países. Entre ellas:

- el peso del sector turístico (Italia –a pesar de estar también muy afectada–, Grecia, Portugal o Croacia son destinos alternativos que ya hoy están acogiendo a ciudadanos europeos que pasaban sus vacaciones en España, con el riesgo de futuro que ello conlleva); y,
- el reducido tamaño de las medianas empresas.

Pero también es cierto que el gobierno de España está tomando medidas positivas: Créditos ICO para las empresas; ERTE (expedientes de regulación temporal de empleo); y, renta mínima garantizada para familias con bajos ingresos.

Retomando la reflexión antes anotada sobre la globalización. Lo inteligente sería la cooperación en el marco de la adopción de medidas globales, sin embargo, solo se toman medidas locales. Luego se hablará de la Unión Europea pero, mientras tanto, es posible preguntarse dónde está el G20 o el G7 y, sobretodo, que nos interpelemos acerca de si la pandemia comportará o no una remisión de la globalización.

El proceso de globalización venía ya frenado por las tendencias proteccionistas y unilateralistas de muchos países (Estados Unidos es el principal), pero la actual pandemia constituye un factor de aceleración de la remisión de la globalización. A corto plazo, muchas de las reacciones son de repliegue y de cierre, como cierre de fronteras, limitaciones en la circulación de personas, tentación de producir en casa lo que llega de fuera y a menudo, tarde y mal. De golpe nos hemos dado cuenta de que no producimos un gramo de Paracetamol y que el 80% de los medicamentos se producen en China. En definitiva, la Covid19 puede acelerar las tendencias que ya se apuntaban, especialmente, desde la llegada de Trump a la Casa Blanca, en la dirección de intentar limitar el impacto de la globalización.

En el ámbito comercial, en un corto plazo pasamos de unas previsiones de incrementar un 3% el comercio mundial a un descenso real del 11%. A estos respectos es interesante

el punto de vista del ex Director General de la OMC, Pascal Lamy: “La Covid19 va a acelerar el tránsito del proteccionismo al precaucionismo”.

Constituya o no la pandemia una causa de remisión de la globalización, si se debería concluir que sería positivo que la Covid19 comportara una revisión de aquellos aspectos negativos que a lo largo de los últimos años han generado demasiadas desigualdades. Estos días se ha visto como se disparaban los índices de pobreza y se acentuaba la emergencia alimentaria. En España, Cáritas multiplicó por tres las asistencias a raíz del impacto de la pandemia.

Pero la pobreza, la desigualdad y la respuesta que se dio desde la UE a las crisis del 2008 y 2010, ya existían y ello tiene mucho que ver ello. En los últimos años, se ha tenido que legislar en materia de pobreza energética. Existen graves problemas de accesos a una vivienda digna, pero no se ha legislado con tanta fortuna. Pero debe mencionarse que, ahora, acaba de aprobarse la Renta Mínima Garantizada. El cierre temporal de las escuelas ha puesto de relieve que muchos niños –en EEUU la cifra es alarmante– solo comían una vez al día y era la comida en su centro escolar.

La pandemia ha aflorado otra emergencia: la provocada por la desigualdad digital. La falta de capacidades digitales mínimas es el tercer elemento que mejor explica que una persona no encuentre trabajo. Tras llevar tiempo sin trabajar o simplemente por la edad. Estamos en tiempos de teletrabajo, otra tendencia que la Covid19 acelera. En España, del 5% de hace 3 meses, hemos pasado al 33%. Esperando que no se pierda de vista que las relaciones humanas son analógicas y que el teletrabajo, incluso en aquellos casos que teóricamente sea posible, no puede sustituir absolutamente al trabajo presencial. En cualquier caso, la digitalización es una clave de futuro que la pandemia acelerará. Y si bien antes se hablaba de una posible remisión de la globalización no se puede ignorar que la digitalización es una de sus coadyuvantes.

En general, en el ámbito económico, la pandemia refuerza la necesidad de volver a situar a la persona en el centro de la economía: el ser humano no es una mercancía más. Deben atenuarse los excesos del liberalismo como opción económica y reforzar el comunitarismo. La pandemia debería corregir, también, la cultura del exceso de los particulares y del sector público. Nos estamos dando cuenta que se puede vivir con menos, lo cual servirá para mitigar la verdadera crisis estructural que la sociedad afronta (la climática). Tras la pandemia, hay una clara conciencia - la había ya, pero ahora se potenciará más – que en el mundo de la empresa deberá pesar siempre en su dimensión social y medioambiental. La gente joven optará, cuando se superen las consecuencias económicas de la crisis, por trabajar en empresas que tengan asumida esa doble conciencia en su cultura empresarial.

Pandemia y cambios

Otra reflexión: ¿la pandemia conllevará un cambio del orden internacional o, al menos, reforzará y consolidará las tendencias actuales de cambio? No cabe la menor duda de que todos los conflictos internacionales están afectados en mayor o menor medida por la Covid19. La pandemia potenciará como mínimo tres vectores de un nuevo orden internacional:

Primero: El deterioro del marco unilateral y la crisis de las instituciones multilaterales surgidas a raíz de la segunda guerra mundial.

Segundo: El enfrentamiento entre unos EEUU que han renunciado a liderar el mundo y la China. Por seguir la terminología de Tucídides, el enfrentamiento entre una potencia consolidada y una potencia o imperio emergente, un enfrentamiento que viene ya manifestándose con las guerras comerciales y, sobretodo, con el trasfondo de la batalla digital. La batalla por el control de los datos mediante tecnología 5G, en la que China lleva ventaja.

Hablando de control de datos, la pandemia acelerará el debate sobre el uso de la tecnología para el control de la ciudadanía trasladando al día de hoy lo que fue el contenido de la novela despótica de George Orwell 1984, en la que crea “el concepto de *gran hermano* como universo totalitarista”.

De hecho, en esta batalla por la hegemonía mundial, que el nuevo orden internacional que la pandemia acelera, China ha utilizado claramente este control ciudadano para combatir la pandemia y, a partir de ella, intentar utilizar la pandemia para reforzar la condición de candidata a liderar el Siglo XXI. Lo hace internamente, mediante un férreo control de la pandemia, ejerciendo un autoritarismo tecnológico. Ciertamente es que no se sabe el desgaste que esto ha supuesto para su líder, para el Partido Comunista Chino y para el gobierno. Pero hoy se manifiestan críticas hacia Xi antes impensables. Como tampoco se sabe como consecuencia del hecho de que no sea un país libre y de que no se informe con libertad cual ha sido el alcance real de la pandemia. Lo que sí queda claro es que, también, de cara al exterior han querido transmitir la sensación de que sus medidas han sido las eficaces.

Tanto es así, que ello ha provocado un debate fuera de China acerca de la idoneidad de su modelo. En definitiva, sacrificar libertad a cambio de seguridad y prosperidad. Un debate en el que algunos intentan sumar la gestión China frente a la pandemia al argumentario en favor del autoritarismo y en detrimento de la democracia. Habrá que recordar a los que mantienen esta tesis que, sin salir de Asia, otros países han sido en la primera ola del virus igual o más eficaces que los chinos desde la libertad y la democracia: Taiwan, Singapur, Corea del Sur, Japón, o fuera del continente asiático, países como Alemania, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Nueva Zelanda por cierto, siete de estos países cuentan con una mujer al frente de la brillante gestión de la pandemia.

Más allá de sus fronteras, el repliegue de Estados Unidos como líder internacional ha permitido a China desplegar un *soft power* apoyando en esta crisis contra la pandemia a países de la Unión Europea, África y de América Latina.

Tercero: Existe una crisis de los valores occidentales en la medida que la pretensión de hacer de éstos unos valores universales, no es compartida por los nuevos actores, y que el liderazgo de los EEUU no solo es cuestionado fuera de sus fronteras, sino que también es objeto de revisión desde dentro. Esta crisis de valores es la que debería inculcarnos la necesidad de potenciar las relaciones entre la Unión Europea y América Latina y, en ello, España debería jugar un papel muy especial sabiendo que en los últimos tiempos ha abandonado esta responsabilidad y existiendo, como existe en nuestro país, la percepción - al menos desde la perspectiva económica - de que en algunos países latinoamericanos, y Chile no es una excepción, sus gobiernos mantienen actitudes críticas respecto a la presencia empresarial española.

Un nuevo orden internacional

En este nuevo orden internacional la Unión Europea puede tener una gran oportunidad. Todo dependerá de lo que haga en las próximas semanas. Si la segunda guerra mundial definió el futuro de Europa con el nacimiento de las instituciones que poco a poco, crisis a crisis, han ido configurando la actual UE, ahora, la actual pandemia va a definir el futuro de Europa en el Siglo XXI.

Hay que aceptar que la crisis de la Covid19 va a dejar vencedores y vencidos en todos los ámbitos, también en el internacional, y la UE se juega el futuro. Depende de lo que haga, caerá del lado de los vencedores y será bueno para todos, no solo para los europeos, pero en función también de lo que haga, o deje de hacer, caerá del lado de los vencidos.

Para afrontar las consecuencias económicas de esta crisis, la UE llegó tarde, pero finalmente llegó. Hubo una primera reacción negativa de la Presidenta del Banco Central Europeo, Christine Lagarde, cuando manifestó que *“no estamos aquí para reducir las primas de riesgo...”*. Una actitud muy distinta y distante de la que sostuvo Draghi a la hora de afrontar la crisis del euro: *“Haré lo que haya que hacer y créanme, será suficiente”*. Luego, Lagarde rectificó y el BCE impulsó un Programa de compra de deuda de los diferentes estados por 700.000 millones de euros, que sumados a otros programas ya preexistentes, llega a un billón de euros (la mitad de la deuda española, por ejemplo, esta comprada por el BCE y lógicamente la otra mitad no tiene problemas de colocación en los mercados: el inversor privado dice si está el BCE, me fio).

La Comisión Europea apostó el pasado 23 de abril por un plan de 540.000 millones de euros con tres pilares básicos: líneas de crédito para gasto sanitario, MEDE; préstamos para combatir el desempleo, SURE; y, programa de avales gestionado por la Banca Europea de Inversiones para Pymes. A todo ello, hay que añadir 70.000 millones de euros más, procedentes del presupuesto, para apoyar al sector sanitario, empresas e investigación y, sobretodo, algo impensable meses atrás: se ha suspendido el Pacto de estabilidad y crecimiento, lo que permite a los Estados miembros, incrementar el gasto sin respetar los límites del 3% de déficit y 60% de deuda pública.

¿Dónde radica hoy el debate clave en el seno de la UE?, aparentemente en la discusión en torno a la necesaria austeridad y el austericismo aplicado como terapia en las crisis del 2008 y 2010, frente al Keynesianismo como expresión de la necesidad de más gasto público e inversión en tiempos de recesión a fin de activar el crecimiento. Algunos países del centro y norte de Europa (Países Bajos, Austria, Suecia y Dinamarca) a los que se les conoce en el argot político-económico como frugales, sostienen las tesis más austericistas, mientras que los del sur (fundamentalmente España, Francia e Italia), que coincide con los países más afectados por la pandemia, mantienen posiciones keynesianas.

Hay que reconocer que habitualmente el sur europeo no ejerce el potencial derivado de su peso en la UE: los tres países antes mencionados representan casi el 50% del PIB del área euro; el 40% del total de la Unión; y tras la salida del Reino Unido son el 34% de la población. Pero a raíz de esta crisis, ha empezado a formularse la demanda de un Fondo de Recuperación (algunos le llaman de Reconstrucción, término que no suscribo en tanto implica una previa destrucción como si de una “guerra” se tratase -terminología utilizada por algunos dirigentes políticos, Pedro Sánchez es uno de ellos).

Precisamente, Macron y Sánchez lanzaron una primera propuesta de constitución de un Fondo a base de transferencias y no de préstamos con condicionalidad. La experiencia de las condiciones impuestas a las ayudas de la UE a los Estados miembros a raíz de las crisis del 2008 y 2010 fue letal para quienes necesitaron el socorro financiero de las instituciones europeas.

Frente a ello, los “frugales” se oponen a que sean transferencias sin retorno y optan por préstamos condicionados. En el fondo, este grupo de países no quieren avanzar en la mutualización de la deuda, condición que parece básica para profundizar en el proyecto de Unión Económica. Los argumentos utilizados por este grupo de países, han sido duros con el sur. Con Países Bajos al frente de la manifestación, se nos acusa de despilfarro; expresiones como “*no se puede gastar todo el dinero en copas y después pedir que te ayuden*”, en boca del premier holandés no son de las más duras pronunciadas estos días.

Este debate es, en cierta medida, un reflejo de las dos concepciones religiosas que han marcado la concepción de la política en Europa. Los protestantes, más austeros y respetuosos con las reglas, acusan a los otros de hipócritas. Los católicos más centrados en el “amor”, la fraternidad y la solidaridad, una doble alma europea no superada. Lo cierto es que, algunos países del sur, no siempre han practicado políticas adecuadas del gasto pero cierto es, también, que los Países Bajos no pueden ignorar que son uno de los principales beneficiarios del mercado único europeo y que, hablando de la rigurosidad protestante en el cumplimiento de las reglas y de hipocresía, ellos son los grandes facilitadores de la evasión fiscal de las grandes corporaciones.

Ha sido un país y una líder protestante, Alemania y Merkel, la que en esta ocasión (a diferencia de lo sucedido con las tan evocadas crisis del 2008 y 2010), han asumido claramente la necesidad de dar un paso de gigante en la dirección apuntada por los países del sur. Alemania no puede competir sin un mercado doméstico sólido, y ella por sí sola es insuficiente: su mercado doméstico sólido es la UE y una quiebra de los estados del sur destrozaría el proyecto europeo, el económico y el político.

Así, Merkel con Macron (siempre el eje franco-alemán) propusieron un Fondo de Recuperación de 500.000 millones de euros basado en transferencias y no en prestamos. La Comisión ha propuesto un montante equivalente para transferencias, más 250.000 millones de euros en préstamos. El debate será duro y habrá que hacer concesiones a los frugales, pero no hay otra salida posible.

Este Fondo debe garantizar inversiones a futuro. Cada país sabe de sus necesidades. Italia, por ejemplo, habla de inversiones en infraestructuras y en España se tiene demasiado de ellas. No obstante, la UE marcará lógicamente unas prioridades para la inversión del mayor paquete de estímulo fiscal de su historia. Por lo anteriormente expuesto, sanidad, educación e innovación-digitalización deben ser las prioridades, y por supuesto, todo lo que ayude a consolidar la propuesta realizada por la Presidenta de la Comisión, Ursula Von Der Leyen del *Green Deal* como conjunto de medidas para ayudar a abordar el reto del cambio climático que deberán sostener una economía verde como columna vertebral de la recuperación europea.

Dependerá, finalmente, de si este paquete de medidas se aprueba (en el Consejo Europeo se requiere unanimidad para adoptar tal decisión) y cuándo (el 2021 debería poder empezar a utilizar ese dinero), que tengamos una Unión Europea más fuerte y